

medio homónimo Porfirio García de León, con un cuerpo de policía urbana, presenciaba á su lado la veloz retirada... Poco después, Porfirio llegaba al hotel Iturbide á caballo, de levita y sombrero alto, cargando el arma y la canana ó carrillera de tiros, de los cuales ni uno solo pudo utilizar esta vez contra el feroz reaccionario... por más que diga la inventiva fecunda de ciertos autores (1).

## V

## « LO DE JALATLACO. »

Si en esa ocasión, no le tocó hacer nada, en expediciones peligrosas le tocó hacer algo que no han hecho resaltar los biógrafos entusiastas... Ya antes de la licencia concedida á Porfirio por el Congreso (2), el Ministro de la Guerra había aprovechado sus servicios militares mandándolo á operar en combinación con O'Horán en la región peligrosa de las Cruces. Con un Batallón de

(1) El General Díaz hizo observar al General Escudero que era inexacta la participación militar que le atribuyó en la acción de San Cosme. Escudero le respondió: « ¿Qué quiere Ud.?... Eso es lo que *se dice*... Después, en las *Memorias* arregladas por Don Matias Romero, se introdujo la misma relación errónea de Escudero sobre lo de San Cosme, sin que el General Díaz sumamente ocupado, tuviese ocasión ni tiempo de rectificar.

(2) « Dióse cuenta con una comunicación del Ministerio de la Guerra avisando que, conforme á la autorización concedida por la Cámara para que puedan ser empleados los militares miembros de ella, lo ha sido el Señor coronel Dn. Porfirio Díaz. » (De la acta de la Sesión del Congreso del 28 de Junio de 1861.)

Oaxaca llegó á aquel llano trágico de Salazar donde se habían sacrificado las recientes expediciones liberales. En un punto cercano llamado « el Portillo » sorprende á una fuerza reaccionaria que se dispersa. Este triunfo de poca importancia en sí mismo, determinó el principio de la diseminación del terrible núcleo de soldados bandidos que se llamaba « ejército conservador ». De todos modos, Porfirio salió ileso de aquel campo de sangre donde, uno tras otro, dos jefes insignes acababan de ser vencidos é inmolados.

El hecho pasó casi desapercibido, porque el soldado oaxaqueño atravesaba todavía, para el país y la capital por ese período de relativa obscuridad en que un pequeño triunfo puede quedar en la sombra.

Luego, á la vanguardia de González Ortega, sigue en persecución de Márquez. Ir con una pequeña fuerza en pos del sombrío guerrillero que se declaraba, en nombre de la Religión, destinado á sacrificar á los *jóvenes liberales de talento y de valor*, era visto entonces como caminar al suicidio... El 13 de Agosto, con su avanzada de 230 oaxaqueños, y una reserva de zacatecanos lo asalta en Jalatlaco según la táctica del padre Morelos... Contra la ventaja del número el impresionismo súbito del ataque. Llega en la noche sin anunciarse, hasta el atrio del pueblo en que la numerosa tropa reaccionaria duerme con la confianza de que la columna de González Ortega, — única capaz de atacarla — está lejos. Se oyó una descarga, gritos de confusión y de huida... Un jinete, desprendido de la fuerza agresora, salta entre los pelo-

tones de Márquez... Era Porfirio, cuyo caballo espantado se echaba sobre el enemigo, coceando... El histórico *San Pedro* de Leandro Valle fué un caballo malhadado que perdió á su amo. El caballo espantado de Jalatlaco llevaba al Oaxaqueño y su extraña fortuna. El espanto del bruto se comunicó á Márquez y su cúmulo de generales (1) que huyeron tras de complicada refriega en las calles del pueblo dejando un regular botín y muchos prisioneros.

Poco después, González Ortega, el Abogado-General, que no era entonces más que « el vencedor de Calpulalpam » levantaba á Porfirio en un abrazo entusiasta, y oficialmente pedía para él á Dn. Benito Juárez el grado de general de brigada... He aquí algo más vivo :

#### SUS CONFIDENCIAS SOBRE LO DE JALATLACO

(13 de Agosto de 1861).

« El 25 de Junio de 1861 recibí órdenes del Ministerio de Guerra para encargarme del mando de la Brigada de Oaxaca, pues el General Mejía que era su jefe se hallaba enfermo. Y con dicha brigada me puse á disposición del General Jesús González Ortega que salía con su División á perseguir á Márquez por el rumbo del Sur. Estando en Toluca tuvo noticia el General González Ortega de que el enemigo pasaba por la plaza de Santiago Tianguistengo en dirección á la montaña. Me ordenó que con mi fuerza que se componía de 233 soldados

(1) Según párrafos que circularon en la prensa liberal « estaban con Márquez cuarenta y cinco generales » — exageración perdonable.

me incorporara á la caballería del General Don Antonio Carbajal á cuya disposición debía yo ponerme con el fin de que ambas fuerzas reunidas estorbaran la marcha de Márquez mientras lo alcanzaba la División, y con ese objeto partimos de Toluca á las 3 de la tarde del 12 de Agosto de 1861 ».

« Al entrar la noche, llegamos á la hacienda de Atenco y batimos en ella una fuerza de 200 caballos de la tropa de Márquez que se retiró después de ligera resistencia. Entramos á Tianguistengo sin novedad y allí supimos qu el enemigo pernoctaba en Jalatlaco y que había dejado á retaguardia en observación sobre nosotros más de 500 caballos. El General Carbajal que era muy conocedor del camino dispuso que marcháramos por una vereda que nos permitiría llegar á Jalatlaco sin que pudiera preceder aviso. »

« Como yo no conocía el terreno, marché por varias horas á retaguardia de la caballería y cuando ésta se detuvo avancé en busca del General Carbajal quien me llevó á la cabeza de la tropa que estaba casi en ala alternada por lo estrecho de la vereda y desde una pequeña eminencia á tiro de fusil de la plaza me enseñó los puntos que ocupaba la fuerza contraria en el citado pueblo de Jalatlaco y que se marcaban en la obscuridad por los fuegos que servían para condimentar su rancho y me ordenó que bajara á trotearlo mientras llegaba la división. »

« Cuando comenzó mi ataque, la infantería enemiga que me sirvió de objetivo por sus fogatas estaba en el templo y el atrio del pueblo que es tan grande como una plaza de armas y la caballería estaba situada en otros cuarteles que circundaban dicha plaza. Sufría yo por lo mismo por la espalda los fuegos de la caballería y esto me obligaba á distraer muchos hombres para defender la espalda obligándome á la vez á emprender una operación más seria contra el templo y el atrio. (El General González Ortega recibió aviso de que Porfirio Díaz había sido derrotado y fusilado.)

« Con esta noticia el General González Ortega dispuso que

toda la columna hiciera alto á la vista del pueblo y esperar á que amaneciera; y situó una batería que hizo fuego sobre los combatientes; pero como los artilleros no tenían más guía que los fuegos de fusil y lo mismo batían á los enemigos que á nosotros, mandé un subteniente á suplicar al General en jefe suspendiera los fuegos de sus artilleros que nos hacían más daño á nosotros que al enemigo y á pedirle municiones por haberse agotado las mías.

(Porfirio Díaz estaba cerca del atrio del templo.)

« En esos momentos y antes de recibir las municiones pude sorprender á un grupo de oficiales que huían separándose de las posiciones del enemigo, é interrogándolos aparte, averigüé por ellos que Márquez salía en esos instantes en columna con rumbo á la montaña evadiéndose de las posiciones que ocupaba el General González Ortega. Como el tiempo era precioso y no debía perderse un solo instante, no obstante mi escasez de municiones, hice un ataque decisivo con el propósito de cortar la columna y logré que regresaran hacia el atrio 700 infantes con toda la artillería y bagajes. Reducido por este medio el número con quien tenía que combatir, pude vencer fácilmente, y cuando tuve á todos aquellos hombres desarmados pecho á tierra en el atrio y amarrados los jefes y oficiales que en total eran 18, salí personalmente á dar parte al General en jefe. »

« La división, á distancia de 3 kilómetros estaba toda en descanso: la tropa sentada con los fusiles entre las rodillas y muchos de los jefes y oficiales acostados bajo sus capas de hule porque toda la noche había llovido copiosamente y aún no había cesado la lluvia en esos momentos. Los primeros oficiales con quienes hablé me condujeron hasta donde estaba el Cuartel-Maestre que era el General Don Santiago Tapia, y éste me llevó á presencia del General en jefe quien, no creyendo que todo estaba concluido, me indicaba que espera-

riamos á que amaneciera porque no convenía emprender nada por lo pronto. »

« Le manifesté que todo había acabado, que era yo dueño de 10 cañones, de todo el bagaje y de muchos prisioneros que creía llegarían á 800 los que al contarlos resultaron 700 y tantos. El General en jefe montó á caballo y para que pudiera seguirme, pues la noche estaba negra, tuve que ponerme un pañuelo blanco sobre la espalda. Llegamos al lugar del combate y sin embargo, el General en jefe persuadido de nuestra victoria no juzgó conveniente ordenar la persecución del enemigo como yo se lo indicaba, pues dijo que la caballería no conocía los caminos y no tenía guías á su disposición. »

« Momentos antes de salir para dar parte al General en jefe, y cuando me ocupaba de poner pecho á tierra á todos los prisioneros, el General Carbajal que por estar más cerca que el resto de la división había comprendido que yo ocupaba las posiciones enemigas, avanzó donde tenía yo á los oficiales del enemigo maniatados y pretendió matarlos él mismo con su pistola comenzando por el Temiente coronel Azpeitia. Al oír la disputa que emprendió Carbajal con el capitán Barriguete que cuidaba de los prisioneros y sin ocuparme de los miramientos que merecía, porque el caso era muy urgente y de resultados comprometedores si el mal no se evitaba, le quité de la mano la pistola y le obligué á salir del atrio. »

« Después no rendí el parte del hecho de armas al General Carbajal que era mi jefe inmediato, sino al General en jefe, tanto porque estaba ya presente cuanto por el desagrado que acababa de tener con aquel jefe al impedirle que asesinara á los prisioneros. » (1)

(1) De allí que surgiera cierta tensión de relaciones entre Carbajal y Porfirio Díaz. Así lo indica un curioso incidente que pasó poco después en una fonda de Pachuca, población en que ambos jefes concurren á otra batida contra Márquez cuya reseña seguirá en breve.

De una conversación con Don Matías:

« Estando en Pachuca entré un día á almorzar en la fonda de « La Es-

« Con motivo de la victoria de Jalatlaco fui agraciado por el Gobierno con el grado de General de Brigada. Al día siguiente, estando en Tianguistengo, me ordenó el General en jefe que reuniera en mi alojamiento á todos los oficiales que estaban á mis órdenes para felicitarlos por su comportamiento en esa batalla. Así lo hice y estuvo muy expresiva la felicitación que nos dirigió el General González Ortega. (*Mem.*) »

## VI

## SEGUNDA SALIDA DE LA CÁMARA.

« ¿ Que ha hecho el gobierno con las facultades que se le han concedido ? Nada. Después del triunfo de

trella », que pertenecía al Sr Salinas, porque allí tomaba siempre mis alimentos, y me encontré con algunos oficiales de las fuerzas de Carbajal, entre los cuales estaba Carbajal mismo, quienes ya habían concluido de comer, y se entretenían en tirarse bolas de pan, y hubo uno que arrojó sobre otro un vaso de pulque en la mesa del centro del comedor, donde yo comía. En una mesa del rincón estaba sentado el General D. Juan B. Traconis con su sobrino Don Daniel Traconis, actual Gobernador de Yucatán y sus ayudantes. Yo no me había fijado en ellos, porque desde que entré estaba mal dispuesto por las llanezas de los comensales, y no quise fijarme en los que estaban allí. Cuando el pulque que se arrojó llegó cerca de mi plato, se me agotó la paciencia y saqué mi pistola que estaba cargada, y la examiné para ver si estaba al corriente. Entonces tomó la palabra Carbajal y me dijo :

— Compañero, parece que Vd. se molesta por lo que hacen los muchachos.

— Ne me molesto, le contesté, pero creo que el mismo derecho que tienen Vdes. para tirar bolas de pan, tengo yo para corresponderles con bolas de plomo.

En ese instante se levantó de su asiento el General Traconis, y me dijo :

— Porfirio, no está Vd. solo ; éstos son unos malvados.

Nada contestaron á esto los oficiales, y así ellos como Carbajal se salieron de la fonda. » (*Mem.*)

Jalatlaco que no fué cosa por cierto, valió menos, porque en lo absoluto se aprovechó de él el Gobierno... » Esto dijo un señor Peña y Ramírez, diputado de la oposición antijuarista en la sesión del Congreso del 7 de septiembre de 71 (1).

Por aquel tiempo, el General Porfirio Díaz había vuelto á ocupar su asiento en el Congreso. Desde allí tuvo que oír en silencio esa y otras algarabías de críticos belicosos, muchos de los cuales « no habían olido la pólvora ». Su temperamento de soldado le rehusaba entrar en gárrula competencia con convencionales degenerados indigestos de *revolución francesa*.

Entonces conoció la vacuidad intelectual de ese tipo medio político, medio actor dramático, que pulula en las asambleas latinas : es el hombre de actitudes y de fraseos : se encorva y se yergue, lloriquea y truena... Un gran *rorro* mecánico. Su ideación tristísima está como ahogada en un naufragio íntimo en que sobrenadan puras emisiones logorreicas... En los Congresos mexicanos la logorrea parlamentaria se ha dirigido más hacia las galerías que hacia la cámara misma. En el de

(1) Sesión muy agitada en que hubo lindezas parlamentarias como ésta : EL SR. MINISTRO DE HACIENDA dice que desprecia al Sr Altamirano. — EL SR ATAMIRANO. — « Yo soy el que desprecio altamente al Sr Ministro de Hacienda... »

« Entonces la tempestad no reconoce límites : el presidente se cubre y se separa de la mesa... El Sr. Chico Sein (secretario) vuelve al sillón y repica la campana. Muchos diputados se levantan diciendo : « no tenemos libertad ; hay coacción ; esto es insoportable ». El Sr. Buenrostro pide que conste que los diputados se retiran porque no tienen libertad. La galería brama, grita, silba.

Se pasa lista y faltan 10 diputados para completar el *quorum*.

61 el fenómeno habitual se presentó en forma aguda: los oradores no sólo apostrofaban á las galerías; discutían con ellas... Algunas veces la galería incoercible dominaba. Se vió esto en una sesión en que Porfirio Díaz tuvo que ser de nuevo *diputado saliente*.

Era la sesión del 7 de Octubre (justamente al mes de aquella borrascosa de 7 de Septiembre en que se aludió á lo de Jalatlaco)... Se iba á tratar del « dictamen que consultaba la derogación del decreto de suspensión de garantías »: precisaba dar lectura á « las observaciones que el Ejecutivo presentaba á dicho dictamen »; y al buscársele en el expediente respectivo, no se le encontró... Las galerías hicieron una demostración ruidosa por tal extravío. El presidente del Congreso declara que se levanta la sesión pública para entrar en secreta.

El Sr. Arredondo. — « Sólo faltan los diputados por Oaxaca y algunos otros ministerios... Se debe llamar á sus suplentes. »

Benítez Justo — « No es cierto que faltan todos los diputados por Oaxaca; nadie tiene derecho de vilpender ni á los que se han separado, ni á los presentes... Unos y otros han sabido cumplir con su deber, no sólo en la Representación nacional, sino en días más aciagos para la causa de la libertad. »

Peña y Ramírez. — Propongo que se llame á los diputados que se han ido, único medio legal para acabar con el escándalo... Que se obligue á venir á los que han desertado bajo el pretexto de que las inocentes demostraciones (1) de las Galerías les privan de la libertad que nadie les niega ».

(1) *Inocentes demostraciones*, y sin embargo las galerías silbaban y bromaban, según la crónica oficial de la sesión.

Benítez J. — « No debe verse con desprecio al grupo de ameritados conciudadanos que se han separado de la Cámara por creerse bajo la presión del público (rumores, silbidos). El orador continúa dirigiéndose á las galerías: ¿ Quién de Uds. tiene que reprochar algo á los generales Salinas y Díaz? ¿ Quién de Uds. como ellos, han vencido cien veces á Cobos en Oaxaca, y dado á la patria la jornada de Jalatlaco? »

El Sr. Saborío. — « Es importante que el público sepa quiénes son esos diputados indignos. »

Benítez J. — (interrumpiendo) Llamo al orden al Sr. Saborío. Los diputados ausentes no son indignos; proceden con su conciencia y debemos respetarlos... (gritos, silbidos).

En la sesión siguiente (nueve de Octubre) « se pasa lista y no hay *quorum*. El presidente declara que no puede continuar la sesión... »

El general vencedor de Jalatlaco, desconocido é insultado en la Cámara, salió de nueva cuenta... parece que á batirse con los diputados locuaces. En efecto... á los once días de esa última sesión cuyo *quorum* ayudó él mismo á descompletar, — el 20 de Octubre, marchando á las órdenes del General Tapia (que mandaba en jefe una columna de las tres armas recién organizada) llevó al fuego su brigada de oaxaqueños contra las huestes de Márquez agrupadas cerca de Pachuca en un supremo esfuerzo por rehacerse. Esta sangrienta batalla del Mineral del Monte, ganada por los liberales, fué un rudo golpe bien asestado. Después de él, las fuerzas de Már-

que quedaron reducidas á ese lamentable *Ejército de aliados mexicanos de la Intervención* que debía excitar muy pronto la cólera y la risa de los soldados franceses, expresadas en 62 en una carta de Loizillon que decía :

« Nos ha llegado ayer el ejército de Márquez que llevamos con nosotros á Perote. Se llama eso *ejército regular* ! Al verle, se pregunta uno lo que significa la palabra *irregular*. Todo ese revoltijo de canallas en andrajos (*Tout ce ramassis de canailles en guenilles*) está además, á nuestro sueldo ; poco nos envanece tener semejantes aliados... »

El parte oficial de la batalla del Mineral del Monte dado por el General Tapia haciendo mención especial del Mayor de órdenes de la brigada de Oaxaca, General Porfirio Díaz, incluía la respuesta virtual del *Diputado saliente* (más efectiva que la de su amigo Justo Benítez) á los logorreicos de 61 que le atacaron, á las galerías que silbaban y bramaban. Habla él mismo :

#### SOBRE LO DE PACHUCA Y REAL DEL MONTE

(20 de octubre de 1861.)

« El 19 de octubre de 1861, poco después de nuestro arribo á la Capital, supo el Gobierno que Márquez con una columna formada de los restos de Jalatlaco y otra partida que había recogido en los estados de Querétaro y San Luis, llegaba á Pachuca y que la columna del General Santiago Tapia que maniobraba cerca de aquella plaza era insuficiente para batirlo y ordenó que otra columna formada con los batallones de Oaxaca y Lanceros del mismo Estado á las órdenes del Gene-

ral Mejía de la que yo era Mayor general, marchara á ponerse á las del General Tapia. »

« Hicimos una marcha rápida y al día siguiente, 20 de octubre de 1861, á las 10 de la mañana, llegamos á Pachuca en donde batimos sin grandes esfuerzos á las fuerzas de Márquez quien abandonó la Ciudad poco defendible y se dirigió al camino que conduce al Real del Monte y se posesionó de una altura que se llama « La Cruz de los Ciegos » y de otras dos que quedan á los lados de la carretera. »

« El General Tapia ordenó al General Mejía que con una compañía del 1<sup>er</sup> batallón y un obús de montaña defendiera la carretera por donde amenazaba flanquearnos la caballería enemiga y me ordenó que con el resto del 1<sup>er</sup> batallón y el 2<sup>o</sup> atacara sucesivamente las posiciones de la Cruz de los Ciegos y las otras dos y puso como reserva y á mis órdenes el batallón de Rifleros de San Luis que mandaba el Teniente coronel Don Carlos Salazar y Carabineros á caballo que mandaba el coronel Don Antonio Álvarez. Empecé dos ataques sucesivos teniendo necesidad de hacer uso para el segundo del batallón de Rifleros, porque el primer ataque ejecutado al trote de ascenso había cansado mucho á la tropa del 2<sup>o</sup> batallón y restos del 1<sup>o</sup>. »

« Para ocupar el tercer cerro, no obstante que guardaba las mismas condiciones, tuve que hacer uso de una parte del cuerpo de Carabineros á las órdenes del Capitán Don Adolfo Garza que mereció especial mención por su conducta en este hecho de armas y su ascenso á Mayor. El enemigo nos dejó en ese cerro toda su artillería que era de montaña. Después de una larga persecución á los derrotados que huyeron hacia el Grande, volví en la noche al Real del Monte en donde el General Tapia, jefe de las fuerzas, y el General Mejía, jefe de mi brigada, habían acuartelado las tropas que no tomaron parte en la persecución. » — (Después de 4 ó 5 días ocupados en enterrar muertos y disponer cura de heridos, volvió á la capital). — (*Mem.*)